CELIA AÑÓ ESPÍ

ARACNEFOBIA

Literup

Literup Ediciones

© *Aracnefobia*, Celia Añó Espí, 2018.

© de la portada, Libertad Delgado, 2018.
© de la maquetación, Jose Molina & Meritxell Terrón, 2018
Lectores beta: Cristina Alfaraz, Gustavo Macher, Angela Giadelli, Rubén Rodríguez, Marina Tena y Mª Pilar Vicente.

Primera edición: diciembre de 2018

© Literup Ediciones
www.literup.com

Depósito legal: V-227-2019
ISBN: 978-84-121870-4-5
Printed in Spain. Impreso en España.
Podiprint. Antequera - Málaga.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

(ATENCIÓN: PUEDE CONTENER DATOS RELEVANTES DE LA TRAMA)

Incendio; insectos; muerte o asesinato; pérdida de un ser querido; sangre, gore o lesiones; violencia, tiroteo o tortura.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible, visita https://www.literup.com/contenido-sensible o escribe a contacto@literup.com

A todas las personas que,
en algún momento, han creído en mí.

A Marina y Meri, pues esta aventura
no habría sido igual sin vosotras.

Y a mi hermana, que forma parte
de esta telaraña desde sus inicios.

Nada de esto habría sido posible sin ti.

Prólogo: el animal que es dos veces animal

Aquella era una mansión que parecía de cuento de brujas, una sombra siniestra al final del camino. El bosque la envolvía en un claro perfectamente delimitado. Los árboles crecían torcidos en su dirección, como dedos de madera que arañaban el jardín. La casa parecía más grande de lo que era por el humo, que la dotaba de brazos que se extinguían en el cielo, por la lumbre que la iluminaba en naranja y rojo.

El gato se acercó a ella con pasos comedidos, la cola estirada, las orejas erguidas. Lo sucedido flotaba en el ambiente, una huella con historia propia. El aire hablaba de un desastre. Hablaba de muerte y sangre.

Su puerta favorita colgaba de los goznes, mordisqueada por el fuego y con el pomo ennegrecido. El animal se acercó al umbral sin atreverse a entrar. El calor que desprendía el interior ya no era agradable, sino que se pegaba a sus bigotes, hostil. Ya no quedaba ni rastro del olor a comida, que había desaparecido por una peste mucho más fuerte que le hizo bufar. Se le erizó el lomo al escuchar pasos, que ve-

nían de dentro. El gato corrió para agazaparse en las sombras. Sacó las uñas. Esperó.

Hasta que las tinieblas se alargaron.

Hasta que el viento barrió las cenizas del suelo.

Una figura se arrastró fuera a empujones, entre jadeos y apartando escombros. Era como si la propia casa insistiese en atraparla en su interior y no le quedase otra que abrirse paso a la fuerza. Los ojos del gato relucieron en la oscuridad. Y, aun así, le ignoró.

Desde su escondrijo pudo ver cómo huía una sombra mal recortada sobre la noche, que caminaba con dificultad. El corazón de aquella persona latía con tanta fuerza que sonaba como gotas de lluvia. Era lo único que se escuchaba. En vez de tomar el camino que llevaba al pueblo, se desvió para internarse en el bosque.

Allí solo quedó un gato.

El animal se sentó y comenzó a lamerse una zarpa con tranquilidad. Lo que había ocurrido poco le importaba. Echaría de menos a la hacedora de milagros, pero sobre todo la comida. Se desperezó.

Aquella casa no duraría abandonada por mucho tiempo, los lugares como aquel nunca morían. Algún día se levantaría de sus cenizas y se enderezaría hasta cubrir de nuevo con su sombra el camino. Regresaría la vida, también la muerte. Y lo ocurrido se convertiría en una mancha imborrable, de césped

quemado, de recuerdos que se respiran en el aire. Y él estaría ahí para verlo.

Las últimas ascuas que salpicaban el edificio se reflejaron en sus cuatro pares de ojos.

Capítulo 1: la diligencia

La diligencia se bamboleaba demasiado para gusto de Aracne. Con cada curva acababa despedida hacia un lado u otro, golpeándose contra el hombro de su sirviente o contra la pared de madera. Uno era demasiado anguloso y la otra, demasiado áspera.

Cuando el carruaje no giraba, traqueteaba entre brincos cada vez que sus ruedas tropezaban con algún obstáculo. Ella intentaba mantenerse firme como una escultura. Era tal su inmovilidad que a ratos parecía una muñeca entre los pasajeros. Y lo cierto es que había algo en ella, más allá de su vestido de lazos y volantes o la delicadeza con la que unas trenzas le bordeaban el rostro, que le hacía parecer más un ser de porcelana y cristal que uno de carne y hueso. Quizás fuese por su piel tan clara, como si llevase tiempo sin ver la luz del sol, o el vacío de sus ojos: grises como las últimas cenizas. O puede que fuese ella misma la que se consideraba una muñeca. Solo sus dedos se movían, a ratos para tamborilear sobre su falda con impaciencia, a ratos para juguetear con el sello de su bastón.

—¿Qué tal las vistas? —le preguntó Adrien.

Su tono era monótono, tan vacío de emoción como siempre. Más que hablar, susurraba entre dientes oraciones concisas y las palabras mínimas para dar a entender lo que quería decir.

No hubo interés en su pregunta y ella lo sabía. Pero el sirviente había notado su aburrimiento y le estaba ofreciendo la oportunidad de desahogarse. La joven se pasó la lengua por los labios y se concentró en su respuesta. A fin de cuentas, era ella la que estaba al lado de la ventana.

—Impertérritas a ratos, desaconsejadas si las miras boca abajo. —Tardó en decidir sus palabras. Con cuidado, pensó una ocurrencia absurda que tampoco llegase a ser muy disparatada—. No te pierdes nada particular, salvo uno o dos avestruces ocasionales.

Adrien también se tomó su tiempo en hacerle otra pregunta, no mucho, pues ella la esperaba con ansia, pero sí lo suficiente como para frustrarla ante la perspectiva de más horas en silencio. Pero al final siguió con el juego y enlazó su respuesta con otro comentario. Era la primera vez que hablaban en lo que llevaban de viaje.

De normal no tenía problemas en evidenciar lo que sentía; es más, tenía un talento inusual para mostrar su estado de ánimo, sobre todo si estaba enfurruñada, asqueada, molesta o con ganas de molestar. Pero esa vez la joven se estaba guar-

dando para sí misma lo que opinaba del trayecto. Entre otras razones, porque era su capricho. Era ella quien llevaba más tiempo del que recordaba pidiendo ese viaje a Minagua. Demandándolo. Exigiéndolo. Se había obcecado en pasear por esa ciudad, hacer compras y merendar en una gran pastelería. No se le ocurrió pensar que estaría tan lejos ni que el viaje sería interminable. Por enésima vez, la joven cambió de postura. Chasqueó los dientes mientras ampliaba la lista: interminable, incómodo y agotador.

Intercambiar preguntas y respuestas, muchas de ellas sin relación, aliviaba parte de ese aburrimiento.

La pausa llegó de manera brusca. Se escuchó un estallido en el camino, luego el relincho desbocado de los caballos. La diligencia viró, tirándolos a un lado. Aracne dio contra la madera. Se le escapó un grito, más de fastidio que de pánico, al golpearse el hombro y la mejilla derecha. De las rejillas llovieron maletines y bolsos, que golpearon el suelo como pedriza. Y ellos eran zarandeados los unos contra los otros. Los demás viajeros chillaban, una harmonía estridente en la que solo hubo una nota de vacío. Pero incluso en esa situación, Adrien se mantenía en calma. En silencio. Casi parecía que hubiese desaparecido. Y ella se lo habría creído si él no la estuviese sujetando para evitar que saliese disparada.

Cuando la diligencia se detuvo tras derrapar con brusquedad, pudieron escuchar los primeros signos de los bandidos. Los pasajeros callaron en el interior del vehículo. Sus gritos habían sido sustituidos por un llanto contenido, en el que se mezclaban plegarias susurradas y gimoteos. Aracne agudizó el oído. Escuchó nuevos cascos de caballos, que iban acompañados por unas voces que obligaron al cochero a detenerse. Torció el gesto, inquieta por lo que fuese a suceder. No entendía con precisión nada de lo que decían, ni siquiera qué querían. Solo palabras sueltas, vomitadas con impaciencia.

—¿Qué hacemos? —le susurró a Adrien—. ¿Nada?

—Bien sabes que no.

Una sonrisa cruzó el rostro de la joven. Había detectado una nota de fastidio en su voz. De resignación, quizás.

—Tengo mis dudas. Se supone que eres mi protector, pero seamos realistas, ¿qué harás contra ellos? Parecen muchos y tú eres uno solo. Y desarmado. —Su sonrisa se torció, burlona, mientras paladeaba con retintín aquella última palabra. Por un momento, dejó de parecer una muñeca.

Adrien se separó de ella con brusquedad. Aracne no notó asco como otras veces, simplemente que intentaba todo lo posible para evitar su contacto. Su

única mano, la izquierda, estaba rígida cuando la soltó.

—No debería preocuparte lo que no puedes ver.

Aquello dolió como solo pueden doler las verdades. Aracne bufó y apartó la cabeza, girándola por instinto a la derecha, donde intuía que estaba la ventana. No se inmutó ni cuando notó que su protector se incorporaba y salía de la diligencia, dejando como sustituto una caja de madera. La recogió para clavar en ella las uñas con nervio, dividida en una disonancia: desear tanto que Adrien fracasase como que triunfase. La incertidumbre de no saber qué sucedería la carcomía por dentro.

Su protector. Así lo habían presentado hacía ya tres años. Una chica ciega como ella necesitaba protección, pero hasta entonces lo había interpretado que era para protegerla de sí misma, de las escaleras o los muebles. Un lisiado protegiendo a una invidente. Aracne solía burlarse de ello los días en los que asumía su tara.

La joven pasó sus dedos por el relieve de flores, hojas y pájaros de la caja. Se mantuvo impasible mientras memorizaba su dibujo. Era insoportable no ver qué sucedía, pero, al mismo tiempo, la llenaba de una calma extraña. Se sentía una espectadora en una comedia ajena. Entre el resto de pasajeros se instaló un silencio contenido, pactado por el momento, curioso por lo que fuese a suceder. Solo ella

aparentaba normalidad, sentada muy erguida y con una mueca de aburrimiento en la cara. A ratos hacía creer que miraba por la ventana.

Le llegaron los gritos, el sonido de una pelea convertida en escabechina y de balas que rasgaban el aire. Contuvo el aliento al escuchar cómo un cuerpo se estrellaba contra el lateral del vehículo, lo que arrancó gimoteos entre los pasajeros. Como siempre, solo podía imaginar qué estaba sucediendo. Solo sabía que se trataba de un tiroteo, una idea que la recorrió por dentro en paralelo al sonido metálico de casquillos al caer al suelo. Otro chillido que iba del pánico al espanto desgarró el ambiente. Le siguió un coro de voces ininteligibles, que esputaban palabras atropelladas. Aracne frunció el ceño mientras especulaba lo que sucedía. ¿Huían?

Adrien regresó a la diligencia cuando afuera se hizo el silencio y lograron sosegar a los caballos. Se sentó a su lado, recuperó la caja y esta acabó donde el resto de maletas. Para desespero de la joven, el viaje tardaría en retomarse. Todos querían hablar y liberarse así del miedo, convertir en anécdota el incidente. Ella esperó en su esquina, con la mirada fija en la derecha y los dedos golpeando la madera de la pared. Bufó. Rabiaba por la atención que estaba recibiendo Adrien.

Mientras la cháchara se alargaba, se entretuvo en arrancarle hilos a la manga de su vestido. Aun-

que fingía ignorarles, lo cierto es que escuchaba con interés. Le sorprendió el cambio de tono de voz de su sirviente. Pasaban los años y seguía sin definir su edad. En ese momento, abrumado por la atención, le pareció más joven que de costumbre, puede que incluso más que ella. De normal solía parecer por encima de los veinte años. Esa mañana era capaz de imaginarlo con diecisiete. Bostezó. Lo único que sabía de Adrien era su nombre y su tara.

Los halagos al héroe y su habilidad no cesaron ni cuando la diligencia continuó su viaje. Y ellos dos no volvieron a hablar hasta una hora después de incómodo traqueteo:

—¿Qué tal las vistas?

—De un anodino milimétrico. Falta un toque de color en estas montañas.

Aracne suspiró con aburrimiento pese a que por dentro sonreía. En ese momento eran sus pensamientos los que bamboleaban, frenéticos, en torno a un hallazgo.

Había descubierto que en la mansión había un arma escondida en una preciosa caja con pájaros y flores talladas.

Capítulo 18: un disparo imposible

El mundo se derrumbó. Por un instante fue caos. Adrien sintió que se desmadejaba de nuevo, que su cuerpo caía también en trozos a la par que la mansión. No notó el golpe. Llegó de improvisto tras una caída que parecía interminable. La oscuridad lo engulló. Era irregular, con sabor a polvo y fragmentada como una telaraña. Al abrir la boca le pareció que tragaba madera. De fondo, escuchó a Aracne toser. El aire quemaba al respirar y la chica se estaba ahogando, sobrepasada por la magnitud de su engaño.

Adrien estiró el brazo para levantarse. Tras tantear en la oscuridad, se agarró a un saliente y se incorporó con dificultad. Su cuerpo tembló, crujió y protestó. Sus huesos sisearon como engranajes oxidados y de todas sus heridas se escurrió un líquido pastoso. Él apenas lo sintió. Su cabeza iba a la deriva mientras su ser se tambaleaba al borde del colapso.

Apoyado sobre una viga partida, miró ese paisaje emborronado que no alcanzaba a ubicar. La mansión había quedado irreconocible y él todavía se sentía a medio camino de una pesadilla. Lo que le mantenía en pie era su propósito, ese nudo que unía todos los

hilos que le retenían. Alzó la cabeza. Aracne era un ruido ensordecedor en ese momento que las ruinas volvían a estar en calma. La tos de la joven eclipsaba el crepitar ya no tan lejano del fuego. Al seguirla, la vio, dos pisos por encima de él y al borde del agujero que había provocado. Adrien levantó el brazo en un esfuerzo que casi terminó por arrancarlo. Se sostenía con dificultad al hombro. Pero insistió. Necesitaba acabar la historia con un disparo.

Fue entonces cuando descubrió que la pistola no estaba.

Adrien parpadeó. Aquel mazazo logró que su consciencia le trajese de nuevo a la realidad. Los retazos de confusión desaparecieron según se ubicaba. Su brazo se dejó caer, convertido en un peso muerto que le colgaba del hombro. «Tengo que recuperarla». Ese pensamiento estalló como un relámpago por su cabeza. Sin prestarle atención, empezó a girar sobre sí mismo. Buscaba un destello en el caos, cualquier señal metálica que indicase que ahí se le había caído. No podía estar muy lejos.

Se arrastró unos centímetros usando la viga como apoyo. Si se fijaba, la oscuridad no era absoluta. Visualizó sombras que se definieron parpadeo a parpadeo. Y entre ellas, siluetas posibles de lo que había perdido. Adrien se dejó caer con un golpe seco.

Con el izquierdo roto, usó su brazo derecho para rebuscar entre los cascotes.

Lo hundió hasta el codo, sin importarle ni las astillas ni los trozos de metal. La pistola era su único pensamiento y se repetía como un eco distorsionado. Escarbó hasta que decenas de bordes afilados le rasgaron la ropa y se incrustaron en su carne. Pese a no sentir dolor, sí notó esa dentellada, a ratos de madera, a ratos de hierro, que le presionó el pecho y las costillas, según se inclinaba. Se incorporó cuando supo que ahí no estaba y que tendría que buscar en otro punto. Fue entonces cuando el silencio le golpeó en el estómago.

Levantó la cabeza tan veloz que las vértebras de su cuello crujieron.

Aracne ya no estaba.

Le pareció que el tiempo se detenía. Parpadeó hasta eliminar las sombras de su visión, pero la chica a la que quería matar había desaparecido. Bien por el vínculo que los unía, bien porque creía conocerla, sabía que no se habría alejado mucho. Ambos eran conscientes de que nunca descansarían mientras el otro siguiese con vida. Su cuerpo se inclinó a un lado sin que pudiese evitarlo mientras un cosquilleo le recorría la base del cráneo. En ese momento era ella la que jugaba al escondite.

Dio un par de pasos, que intentaron ser sutiles, pero se detuvo. Se sentía demasiado exhausto como para seguir. Cada pisada, además, resonaba con demasiada fuerza. O así lo sentía él, incluso aunque

todos los sonidos le llegaban distorsionados. Un pitido le taladraba la cabeza y era incapaz de separarlo del ruido real. «Ella ahora no es importante», se dijo. «Busca la pistola. Tiene que estar en alguna parte y Aracne también la necesitará».

Se arrastró por debajo de la viga y, arrodillado, miró la madeja de escombros que era el suelo. Recordaba haberla sujetado hasta que perdió la consciencia. Comenzó a tantear con los pies, a apartar piedras y tejas. «Tiene que estar por aquí». Ese pensamiento se escurrió por su cabeza como el humo entre las rendijas. Se negaba a creer que el caos hubiese devorado ese armazón plateado.

Se puso de nuevo en movimiento. Tras revisar los alrededores, amplió el cerco. Iba lento y entre espasmos. Su manera de moverse era cada vez más rígida y mecánica. Se agachó con dificultad ante un destello, que resultó ser una ilusión. Las cenizas y el polvo del ambiente hacían de niebla donde las sombras no eran lo que parecían. Algunas tenían incluso cierta forma humana. Eran las que le obligaban a detenerse para mirarlas fijamente hasta que la penumbra revelaba cuáles de ellas eran los restos de un mueble, cuáles partes de la estructura de la casa.

Entre crujidos de madera y ascuas, logró apartar una viga descompuesta. Era un peso que quemaba, consistente pero quebradizo. Y entonces la vio. Relucía entre la porquería, brillante pese al deslustre. Se

arrastró hacia ella con la extremidad extendida. La rozó por la culata. La atrapó.

Un golpe le dio en la nuca. Otro en la espalda. Adrien se dobló. En esa confusión en la que estaba atrapado, se preguntó qué había sucedido. Le faltaron reflejos para girarse y escapar. El arma se le escurrió cuando Aracne le golpeó de nuevo. Esa vez pudo ver un poco mejor con qué le atacaba. Pero no llegó a identificarlo. Parecía una tibia negra, de ángulo irregular. Adrien se apoyó sobre una pared derrumbada. Apretó los dientes hasta hacerse sangre. En su interior rebuscó entre las briznas que quedaban de él. Encontró rabia, abundaba en él. Le quemaba y se derramó por sus venas colapsadas.

Se puso en pie. Empezaba a ver en rojo y naranja, dorados y ocres. Aracne se giró, sobresaltada seguramente por el ruido que él había hecho. En su mirada desbocada se leía desconcierto. La joven, sin darse cuenta, dio un paso lejos de la pistola. El humo la envolvía como una aureola y la tiznaba de oscuro. Ya no parecía una jovencita de diecisiete años. Con el vestido destrozado y la sangre empañando ahí donde le había rozado la bala, recordaba más a un espectro.

Adrien le lanzó un vistazo fugaz a la pistola. Sin permitirle ni un instante de reflexión, se abalanzó sobre el arma. Pese a la furia con la que se alimentaba, su cuerpo se movía con torpeza. Ella no dudó al

alejarse. Pero él logró agarrarla de una manga rota de su vestido. Tiró de ella hasta que se desgarró lo suficiente para que Aracne perdiese el equilibrio. Los dos se derrumbaron. Adrien maldijo su brazo inerte. También envidió a la joven, que, aunque jadeaba y se movía con dificultad, al menos su cuerpo no se deshacía en pedazos.

La chica retrocedió para separarse de él. Todavía tirado en el suelo, el joven se permitió desviar la cabeza para localizar la pistola. No estaba muy lejos, pero no bastaba el brazo: tenía que arrastrarse hasta ella.

Una mano de dedos pares le agarró del cuello de la camisa. Estiró de él. Adrien se volvió. Se encontró cara a cara con Aracne. La joven estaba de pie delante de él, con el torso inclinado como una araña que se asoma por su nido. Sintió que algo dentro de él temblaba antes de deshacerse en gritos. Por primera vez, los ojos de la ciega se habían clavado en los suyos. No desviados, no pendientes de una posibilidad y tampoco en respuesta al ruido. Lo miraban sin atisbo de duda o confusión.

Parpadeó por ocho. Y su mirada pasó de él a su hombro derecho.

—Ahora lo entiendo —masculló la joven, aunque no tardó en recurrir a su sonrisa ponzoñosa y a las palabras empapadas de burla. Bajo su desprecio se notaba una ronquera por el humo—. No puedes

echarme nada en cara: esto te lo has buscado tú solo. —Hizo una pausa, en la que se permitió tomar aire y recuperar el aliento—. Casi diría que quieres morir. ¿Por qué si no has venido?

Adrien la miró con odio. Se reafirmó en su silencio para expresarse, dedicándole una mirada furibunda mientras arañaba palabras. Notaba la boca como de yeso y la lengua de trapo. Que Aracne le viese era una sensación desgarradora que le acuchillaba por dentro.

—Porque tú la mataste. —Escupió las palabras una por una.

En su boca ardían, a la joven solo le hicieron gracia. Su sonrisa se acentuó, se hizo aún más torva. Por un momento, el pelo le cayó por la cara en mechones sucios que ocultaron sus ojos. Todos.

—¿Tú crees?

Susurró la pregunta con burla, recreándose en cada una de sus vocales. Durante un momento reverberó. O quizás solo fuesen imaginaciones suyas. La expresión de Adrien se endureció. Destilaba tanto odio que la chica le soltó. El cuerpo del joven cayó mientras que ella se enderezaba.

—¿Cómo? —Extendió las manos, mostrándoselas—. ¿Con qué dedos? ¿Con qué ojos?

Ocho dedos. Nunca antes lo había pensado. Era muy apropiado para ella. Adrien sacudió la cabeza. El humo le atontaba el seso y los sentidos.

—¿Por quién me tomas? —rugió—. Estuve ahí. Lo vi.

La expresión de Aracne mudó de la risa a la sorpresa incrédula.

—Mientes. Eso es imposible.

—Siempre estuve contigo, aunque tú no pudieras notarlo. Siempre. También esa noche fatal.

Y recordó fuego donde las ruinas, cadáveres que andaban. Le asaltó una opresión en su pecho, a punto de estallarle por dentro. Lo que decía cabalgaba a lomos de los últimos días. Lo sentía a flor de piel, como si hubiese sucedido todo en ese instante.

Aracne le respondió, pero fue incapaz de entender lo que decía. El grito de sus pensamientos había acallado al exterior. «Buscar al monstruo para acabar con él», pensó antes de girar la cabeza.

La pistola había desaparecido.

—Gracias por no impedirlo. —La chica no parecía haberse dado cuenta de la desaparición. Seguía hablando mientras él parpadeaba—. Quién sabe, quizás en el fondo lo deseabas.

El arma ya no estaba en el suelo quebrado. Y no era culpa del humo o el polvo, que se arremolinaban por todas partes. Se incorporó con dificultad. Aracne le sonreía, tan tierna como venenosa. Su expresión era de hiel.

Y sus manos desnudas continuaban extendidas en el aire.

—¿Qué quieres decir? —Se le escapó un graznido que tenía poco de humano.

—Que esperabas que la matara.

Pronunció la última palabra con burla. Y el corazón de Adrien estalló en una avalancha de ira y confusión. Dolía.

—Así que lo reconoces. —Sus sentimientos pasaron de agitarse en su pecho hueco a su voz—. Asesina. Monstruo.

El rostro de la chica se torció. Aquella era su verdadera expresión, la que se ocultaba tras su máscara de mentiras. El joven disfrutó de ese relámpago de ira, que no tardó en esconderse tras una sonrisa.

—Ya te lo he dicho, es imposible que lo hiciera. —Intentó replicarle, pero ella levantó el dedo para indicarle que todavía no había terminado. Se acercó a él, paso a paso, hasta que apenas los separó unos centímetros—. O quizás tú tengas razón… y yo también —concluyó.

Adrien la miró. Estaba tan cerca. Quizás no necesitaría la pistola para matarla.

—No sabes lo que dices. —El joven habló para mantener su atención enredada en él—. Eso es una contradicción.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. —Durante un instante, la expresión de la chica se endureció. Ya no se burlaba de él ni le intentaba enmarañar con sus palabras. Estaba siendo sincera, más de lo

que había sido nunca a su lado—. Si tú tienes razón, si yo soy culpable… Eso me convierte en inocente.

—Esa es una verdad que no puedo aceptar.

—¿Seguro? Entonces yo nunca la maté. Porque es imposible. Pero si insistes en que sí lo hice, entonces soy inocente.

Le pesaban los párpados. El joven se aferró a los sentimientos que burbujeaban en su pecho para recordar quién era, qué quería y por qué estaba ahí. Notó la respiración de Aracne. Compartían la misma intención: matarse. Cuando los abrió, dejó de ver a la muchacha que siempre había protegido para visualizarla como a una araña enorme y venenosa.

La chica chilló cuando se abalanzó sobre ella. Intentó atraparla, pero su cuerpo se movía con demasiada torpeza. «Muévete», se obligó, aunque fuese a costa de hacerse pedazos. Las suturas de sus heridas estallaron, su ropa se empapó de sangre, que parecía negra y quizás lo fuese. Pero logró golpear a Aracne con el brazo derecho. La joven se dobló por el dolor. Y entonces Adrien alcanzó a ver un destello plateado en un punto situado encima de la cabeza de Aracne.

Se escuchó un disparo imposible.

En las entrañas de una mansión que se deshacía a pedazos, una bala atravesó el cráneo de la progenie de la Viuda. Varios tiros más le sucedieron.

Hasta que solo quedó un corazón latiendo entre el desastre.